

LOS ANDALUCES Y LA INDOLENCIA

Por MANUEL CLAVERO ARÉVALO

Con motivo de la polémica sobre la reforma de la regulación del desempleo, el Ministro de Trabajo dijo que “el peor favor que podemos hacer a Andalucía es dejarla sumida en la indolencia”. Esta desafortunada expresión me ha llevado a reflexionar en esta lección inaugural, sobre uno de los estereotipos que recaen sobre los andaluces que más nos hieren y perjudican. Rodríguez Almodóvar en su artículo “La pereza andaluza. Causas y orígenes de un tópico miserable” (El País 1 de junio de 2002), considera que la extensión y consolidación del andaluz haragán coincide con las andanzas peregrinas de los viajeros románticos del siglo XIX y recuerda a Manuel Bernal Rodríguez que hace balance de los juicios que merecimos los andaluces a esos viajeros quienes junto a calificarnos de “simpáticos, alegres, divertidos y sensuales, también nos tildaron de vagos, fanfarrones, abúlicos, embusteros, orgullosos, jugadores, celosos, salvajes y violentos”. Nos ven como “indolentes y superficiales, aficionados al cante y al baile y a las diversiones sensuales”.

Georgie Borrow del que Nicolás Salas nos ha contado su fracaso de vendedor de Biblias en tenderetes públicos para convertir a los andaluces al anglicanismo, dijo de nuestros antepasados que “viven bajo el sol más espléndido y el cielo más benigno de Europa y su país es de natural rico y fértil, a pesar de lo cual no hay provincia en España donde haya más mendicidad y miseria, puesto que la mayor parte de las tierras están sin cultivar y

no producen más que espinos y malezas". Por cierto que Cernuda recuerda que Borrow decía que si en vez de vender Biblias, fuese gitano y vendiera burros sería más respetado en Sevilla.

Rodríguez Almodóvar afirma que para los viajeros románticos, especialmente los británicos, la verdadera causa de nuestra pobreza y retraso está en una indolencia congénita, heredada de unos ancestros orientales y desde luego el catolicismo, bestia negra que había acabado de corromper nuestras almas.

Luis Cernuda, cuyo centenario conmemoramos este año bajo la acertada dirección de nuestro compañero Jacobo Cortines Torres, vió en la figura del indolente algo que le atrajo. En su obra recuerdo dos trabajos en prosa que se titulan *El indolente* y otro en verso que lleva por título, *Desengaño indolente*.

En uno de ellos narra la vida retraída, parsimoniosa, desgana y apática de un inglés en Sansueña, un pueblo ribereño en el mar del sur, transparente y profundo.

Pero es sobre todo en su ensayo de 1935 "Divagación sobre la Andalucía Romántica", donde nos recuerda que Merimée contrapone el fuerte contraste entre la vida parisién de ambiente intelectual y salón rumoroso, con el perezoso campo andaluz. El sol radiante, el mar refulgente y la vida ociosa y lánguida del sur se miran frente a frente. Aplica a Andalucía las características que Voltaire predica del pueblo español, orgullo, devoción, amor y ociosidad y añade que no es afán andalucista suyo el aplicar a Andalucía palabras escritas para España entera. Vé a Cádiz como la capital posible de Andalucía y dice que en verdad a Cádiz le va muy bien su delicado no hacer, aunque se perciban algunas chispas de fuego anunciadoras de que allí hubo alguna importante hoguera, ciudad que sobrevive a un activo pasado y a Ronda, ciudad romántica, imagen misma de Andalucía, lánguida y fuerte como un árabe voluptuoso. Almería, la ciudad del desierto y el mar, donde las horas no pasan, según la perfecta indolencia de las horas que en su seno dejamos pasar. Sevilla donde la falta de estímulo espiritual produce desgana que hace que la ciudad aparezca como caída en un letargo y da la impresión de vida que se agota. Un melancólico silencio en el decir de Borrow. El encanto romántico andaluz tiene en esta ciudad un cariz moribundo, una dorada ruina, solo de vez

en vez, a lo largo del tiempo, un destello de genio la cruza calladamente, como en el caso de Becquer.

Ve en Córdoba y Granada la peligrosa seducción de la inmovilidad y traza de la vida granadina, descuido, ocio, placer, un cuadro bastante exacto que podemos extender a toda Andalucía. En otro pasaje dice, ante la falsa tradición renovadora, que no es más andaluz quien de andaluz se disfraza, sino quien lleva intacto el reflejo de esta tierra misteriosa, perezosa y activa, vivida y soñadora.

Ve a Andalucía como una tierra cruzada de líneas opuestas, cortadas, borrosas. En esa red se adivina un trazo luminoso y único, inevitable que es el eje espiritual de Andalucía. ¿Quién lo libertará?. Nadie quizás. Su realidad es un sueño imposible.

La visión de Cernuda sobre Andalucía no es un análisis político, ni social, ni económico, es una divagación romántica y pesimista, un sueño imposible y duda de que nadie pueda liberarla de tantas adherencias impuras.

Es de sobra conocido el pensamiento de Ortega y Gasset sobre Andalucía, contenido en dos trabajos cortos que aparecen recogidos en sus *Obras Completas*, uno lleva por título "Para un libro no escrito" y el otro "Teoría de Andalucía". También se refiere a Andalucía como Gran Comarca la consagración institucional del olivar, en "La Redención de las provincias". Para Ortega la característica del andaluz es la del ideal vegetativo que supone una "vita mínima", esto es en vez de aumentar el haber del esfuerzo, lo disminuye al mínimo, para no esforzarse. Esto conduce a la holgazanería, pero al andaluz lleva cuatro mil años de holgazán y no le va mal. No se trata de elogiar la pereza, puesto que ha hecho posible la perenne y deleitable vida andaluza y la acusación de pereza equivaldría a no penetrar en el misterio de su alma y cultura. Y añada, podrá la pereza ser, también, un vicio pero, antes que defecto y vicio es nada menos que su ideal de existencia. El trabajo del andaluz existe pero está inspirado por la pereza y dirigido por ella, como si se avergonzase de sí mismo. La pereza es el postrer residuo que nos queda del Paraíso, la vida paradisíaca es, ante todo, vida vegetal ya que paraíso es vergel, huerto, jardín y la planta se diferencia del animal en que es pasiva al medio. El andaluz prefiere

trabajar poco y divertirse sobriamente, tiene un sentido vegetal de la existencia.

José María Izquierdo en su libro *Divagando por la ciudad de la gracia*, escribe lo siguiente ¿y no será el ocio andaluz como un recuerdo del ocio griego, de aquél ocio que era un derecho del individuo de Atenas, para librarse de los menesteres serviles y dedicarse de lleno a la vida política, del arte y de la filosofía?

D. Miguel de Unamuno dedica uno de sus Soliloquios a la Defensa de la Haraganería y es un canto a la indolencia no obstante proclamarse un hombre activo y trabajador y recuerda que Lord Byron dijo que “la indolencia es la más caprichosa de las cosas todas y recorre más leguas en sus intentos que los generales en sus marchas cuando tratan de burlar al enemigo”. Añade “¿que no se le ocurre al indolente para matar el tiempo?” Hay quien ha dicho que nada es tan inspirador como la cárcel, y en ella, en la cárcel, se han escrito algunas de las obras más intensas, entre ellas el Quijote. Y la indolencia, se pregunta ¿no es acaso una cárcel en que se encuentra presa el alma? La civilización se debe a los vagos, a los desocupados. La civilización empezó cuando sujetando un hombre a otro le obligó a trabajar para los dos, y libre él de tener que esforzarse por su parte para ganar el pan, pudo mirar a las estrellas y preguntarse: ¿por qué darán así vueltas? ¿por qué saldrán ahora por aquí y mañana por allá?

Comenta Unamuno que en su pueblo, Bilbao, hay un culto a la actividad, al trabajo y sin embargo hay muchos vagos y hay más que trabajan mucho para que otros huelguen. Me parece haber observado -añade- que los pueblos menos trabajadores, no son más pobres por menos trabajadores sino porque son pobres y considera que de los pueblos más laboriosos surgen formas de cultura elevadas, en el arte, en ciencia, en letras no precisamente porque sean más laboriosos sino porque en ellos hay más desocupados, más vagos. Un cierto número de vagos es necesario para el desarrollo de una elevada cultura. Los más fecundos esfuerzos del espíritu humano son hijos de la pereza, de la haraganería. El hombre trabaja para no trabajar. Son increíbles los trabajos a los que el hombre se somete por no trabajar. Y después de todo -añade- ¿quién sabe lo que es y lo que no es trabajar?.

Con los debidos respetos, como decimos los juristas cuando discrepamos de la autoridad judicial, discrepo de algunas ideas del ingenioso soliloquio de D. Miguel. En los pueblos en que hay poco trabajo más que vagos lo que hay son parados que no encuentran trabajo y que están deseosos de trabajar. Por otra parte los pueblos en que falta el trabajo, como Andalucía, han surgido más pintores célebres, mas poetas insignes, más escultores extraordinarios, más literatos excelentes, más premios Nobel que en los pueblos de España que tienen fama de trabajadores. A esa celebridad han llegado no por indolentes sino por trabajadores.

En 1945 se crea en Sevilla, el Club de los Vagos del que nos habla Manuel Halcón en su libro *Páginas sobre Sevilla*. Cuenta que el director de una prestigiosa revista, navarro él, encargó a su corresponsal un reportaje sobre dicho club, pero el corresponsal, vago él, ni se preocupó de buscar al club y contestó al director diciéndole que “Trátase de una patraña. Aquí se trabaja no obstante a los cuarenta y un grados a la sombra que marcó hoy el termómetro. Stop. Si ahí hiciese este calor ni saldrían los trenes, ni se pondrían telegramas, ni usted daría golpe”. El corresponsal fue cesado más que por su falta de respeto por su incapacidad profesional de no haber encontrado al club. Manuel Halcón nos cuenta que el club más que para holgar era para descansar en tertulia nocturna después de cenar y lo formaban tres catalanes, chóferes de camiones de gasógeno, un valenciano que era horchatero, un gallego colchonero y un sevillano cargador del muelle. El único vago fue el corresponsal de la revista que ni se preocupó de buscar al club, corresponsal que no era andaluz. Así se escribe la historia.

Expuestas estas diversas reflexiones sobre la indolencia de los andaluces procede que meditemos sobre lo que en ellas pueda haber de verdad. En primer lugar hay que decir que no existe el más mínimo fundamento científico por el cual la pretendida indolencia de los andaluces se deba a causa congénita, heredada de unos supuestos ancestros orientales. Cuando además, la población andaluza está formada por mestizaje, en gran parte incorporada después de la conquistas de Sevilla y de Granada. Nada digamos de la falacia de que el cristianismo sea causa de esa indolencia, cuando católicos y cristianos son la

mayoría de los españoles y de los europeos, sin que nadie por ello los tache de holgazanes o vagos.

Otra causa que algunos han señalado como determinante de nuestra pretendida indolencia es el clima que no solo afecta a los andaluces sino a los extranjeros o a otros españoles que vienen a vivir a nuestra tierra. Es famoso el dicho de Santa Teresa que, tras recorrer España, vino a sentarse al compás del convento sevillano y en un día de calor veraniego reunió a las monjas y les dijo “Aquí en Sevilla, con defenderse del maligno basta”. Lo recuerda Manuel Halcón al igual del caso del sobrino del Presidente de los Estados Unidos que llegó y se enamoró de Sevilla aunque abominó de sus casinos. Tras llegar sacó sus magníficas raquetas, se inscribió en un club de tenis pero a los pocos días cambió las raquetas por los palos de golf porque el tenis era un deporte muy fuerte para el calor de Sevilla y cuando llegó el verano se inscribió en el Casino de Labradores donde algunos todavía recuerdan la butaca desfondada por las interminables siestas que diariamente dormía. Añade Halcón que el americano se quedó tiempo en Sevilla y dijo “que espíritu tan fuerte el de estos hombres (hoy diría y el de estas mujeres) que no sucumben a su clima”.

Pero el clima tampoco explica indolencia alguna porque calor existe en Extremadura, en Castilla-La Mancha, en Madrid y en muchas partes de España y a nadie se le ha ocurrido decir que los extremeños, los castellanos o los madrileños son vagos. Infinidad de negocios han montado los andaluces con motivo del turismo en sus playas y monumentos, siendo así que el verano es la época de más trabajo en Andalucía. Cuentan los organizadores de la Exposición Universal de 1992 que los ejecutivos extranjeros quedaban boquiabiertos al ver el rendimiento de nuestros trabajadores en pleno verano.

No existe causa que explique ninguna pretendida indolencia de los andaluces por la sencilla razón de que en Andalucía no existe más indolencia que en el resto de España.

Los trabajos que he comentado sobre la indolencia de los andaluces no se aproximan a la realidad social y económica de Andalucía, son ensayos románticos o filosóficos pero no abordaron en su tiempo la realidad laboral de nuestra tierra. En Andalu-

cía se trabaja menos que en otras partes de España porque existe menos oferta de trabajo. En una obra también de aquella época, Blas Infante, desde distinta perspectiva, describía con las siguientes palabras la realidad del campo andaluz en el *Ideal Andaluz*: “y tengo clavada, desde mi infancia, en la conciencia, la visión sombría del jornalero. Yo le he visto pasear su hambre por las calles del pueblo, confundiendo su agonía con la agonía triste de las tardes invernales; he presenciado como son repartidos entre los vecinos acomodados para que estos les otorguen una limosna de trabajo tan solo por fueros de caridad; los he contemplado en los cortijos, desarrollando una vida que se confunde con la de las bestias; les he visto dormir hacinados en las sucias gañanías; comer el negro pan de los esclavos, esponjando en el gazpacho mal oliente y servido, como a manadas de siervos, en el dornillo común; trabajar de sol a sol, empapados por la lluvia en el invierno, caldeados en la siega por los ardores de la canícula ...” Recuerda que Campomanes informaba al Conde Aranda que “al considerar la situación del jornalero andaluz acuden a mis ojos las lágrimas”.

En este fundamental aspecto, justo es reconocer que en Andalucía se ha producido un cambio espectacular. La creación del PER ha elevado el nivel de los pueblos andaluces a alturas como nunca han tenido en la historia y ha servido, además de combatir el paro agrario, para mejorar las infraestructuras rurales y municipales. El balance es positivo pero a lo largo del tiempo ha producido, como ha escrito Francisco Ferraro, efectos indeseados como un fraude extendido y una cultura del subsidiado que ha convertido a jóvenes en pensionistas prematuros llegándose a un número de perceptores del subsidio agrario superior a la Encuesta de Población Agraria. Ello ha creado en el resto de España una imagen de Andalucía subsidiada y a que nuevamente se hable de la indolencia de los andaluces. Existía un consenso en la necesaria depuración del sistema pero no lo ha habido en la forma ni en el fondo de su realización y es una lástima que se haya roto el diálogo social en una materia tan importante para Andalucía. En mi opinión más que indolencia ha podido haber fraude porque muchos subsidiados trabajan en la economía sumergida y en cuanto a fraude nos ganan otras Comunidades de España como acreditan

diariamente los medios de comunicación y las sentencias de los Tribunales que condenan por fraude y corrupción a muy altas personalidades por cantidades impresionantes.

También quiero comentar la idea de que el trabajador andaluz no es indolente cuando trabaja lejos de su tierra. Cita Halcón una breve frase de D. Torcuato Luca de Tena según la cual “nadie rinde más que un sevillano trasplantado “y a pesar de ello, añade, el fundó el ABC de Sevilla” y Rodríguez Almodóvar cita las declaraciones de Emilio Lladó que al descubrir en los años 1950, en Heidelberg y en Manheim, el rendimiento de los emigrantes de Jaén, de Murcia, de Almería afirma literalmente que “por eso me río de la tópica pereza andaluza”.

Mi punto de vista es que el andaluz, obrero, técnico, empresario, artista o profesional, no es indolente ni cuando trabaja en el extranjero, ni cuando trabaja en Andalucía. Recuerdo de la conversación que tuve con el Sr. Aguirre Gonzalo, a la sazón Presidente de Acerinox, en la que me dijo que los socios japoneses se maravillaban por el rendimiento de los trabajadores andaluces, en plena Bahía de Algeciras, que alcanzaban una mayor productividad precisamente por su capacidad de improvisación.

Ha pasado tiempo desde que Cernuda, Ortega y Gasset, Blas Infante e incluso Manuel Halcón, escribieron las reflexiones a las que me he referido. Andalucía desde entonces ha mejorado mucho y pienso que si esos autores levantaran la cabeza y pudieran compararla con la que ellos vivieron, se llevarían una alegría. Sin embargo Andalucía sigue ocupando los últimos lugares en la lista de regiones españolas y europeas en niveles de renta. El producto interior bruto por habitante en Andalucía se ha situado en el año 2001, en el 74,9% de la media española, el paro supera en varios puntos a la media nacional, 8,54 % de la población activa en España frente al 11,36 % en Andalucía y en las EPA del segundo trimestre de este año el porcentaje del paro en España es del 11% de la población activa y en Andalucía alcanza el 18,95%. Ello no se debe a indolencia de los andaluces sino a causas históricas diversas y complejas cuyo estudio y análisis requeriría un tiempo del que ahora no dispongo, pero una de las más importantes fue la pérdida del tren de la industrialización, brillantemente iniciada en Andalucía. En Andalucía más que indolencia lo que

hay es falta de trabajo y de eso no tienen exclusivamente la culpa los andaluces y mucho menos los que no encuentran trabajo. Sin embargo la economía andaluza ha crecido en el año 2001, un 3,4% frente al 2,8% que lo ha hecho la economía española.

Mis últimas reflexiones las voy a dedicar a cómo podremos salir de esta situación y en primer lugar al necesario fortalecimiento de la sociedad civil andaluza. La sociedad civil es el conjunto de instituciones, organizaciones, empresas, investigadores, colegios profesionales, clubs deportivos, sindicatos, organizaciones empresariales, artistas, literatos, trabajadores, empresarios, profesionales y todo el entramado civil que no constituye el poder público ni el sector público. El futuro de los pueblos dependen en gran manera de la fortaleza de su sociedad civil porque es ella la que eleva el nivel de los pueblos. Clases sociales emprendedoras, trabajadores preparados en sus oficios y con alto rendimiento, instituciones culturales que con mecenazgo, sitúan nuestro nivel a la altura del de otras ciudades españolas y europeas, instituciones deportivas de toda índole y modalidades que son competitivas con las de España y del mundo, sindicatos y organizaciones empresariales que pueden vivir más de las cuotas de sus afiliados que no de las asignaciones de los poderes públicos, unas Cajas de Ahorros que dependan más de la sociedad civil que de los poderes públicos etc.

Pero muy especialmente empresarios que son los que, con riesgo y con tecnología, con investigación, desarrollo e innovación, crean riqueza, puestos de trabajo y tienen que llevar los productos aquí elaborados a los mercados internacionales para competir con los de empresarios extranjeros que traen aquí sus productos. En Andalucía ha habido un concepto muy peyorativo de los empresarios y se les calificaba por algunos grupos y organizaciones, de ladrones y de estafadores. Esto afortunadamente está cambiando y los poderes públicos andaluces, dominados por partidos de izquierda, son conscientes de que no cabe una Andalucía emprendedora sin unos buenos empresarios. Rafael Escuredo ha reconocido que la izquierda no propiciaba una imagen favorable a la empresa y a los empresarios. Afortunadamente, añade, estos son historietas del pasado, felizmente superadas, y al día de hoy, nadie con sentido común, deja de reco-

nocer que son precisamente los empresarios la apuesta más segura para muscular nuestro crecimiento y desarrollo. Hoy nuestros empresarios son nuestros mejores aliados para visualizar en la práctica un futuro esperanzador en nuestra Comunidad Autónoma. El Gobierno andaluz es consciente que entre sus principales obligaciones está la de favorecer las iniciativas empresariales en general y muy especialmente las más audaces e innovadoras. Esto no lo digo yo lo dice un socialista como es D. Rafael Escuredo.

Una sociedad civil en la que los estudiantes de los últimos cursos de las Facultades y Escuelas más relacionados con la Economía y los negocios, aspiraran a ser empresarios y no funcionarios. Desde esta misma tribuna recordaba yo el caso excepcional de quien fue nuestro académico de honor, D. Javier Benjumea Puigcerver, quien al año siguiente de terminar la carrera de Ingeniero Industrial, con muy escasos medios, creó con unos amigos, Abengoa que hoy actúa en cuatro continentes. Como se transformaría Andalucía si consiguiéramos que el 10% de los estudiantes que terminan en estas Facultades y Escuelas más relacionadas con la economía y los negocios, pudiesen crear una empresa y tuvieran vocación para ello.

La sociedad civil andaluza en el orden económico y social ha pasado de ser de predominio agrario al sector de servicios y terciario, sin apenas pasar por el industrial y financiero. Ello ha influido no poco en la situación laboral de nuestra tierra.

Hay que tener puntos de referencia en lo que sea imitable y posible, los países que tienen en poco tiempo un amplio desarrollo como es el caso irlandés o como entre nosotros, Galicia y la Comunidad Valenciana. Irlanda, como ha recordado Ferraro, en la década de los ochenta tenía una renta por habitante del 64% de la renta europea, inferior a la de España y en la actualidad supera la media europea. Su tasa de paro ha pasado del 18% en 1987 al 4,1% en el año 2000 con la creación de más de 500.000 empleos. Ello ha producido una fuerte inversión extranjera. No puedo detallar ahora las medidas llevadas a cabo, a quienes le interesen las remito al trabajo de dicho autor. Las enseñanzas del milagro irlandés, publicado en Economía y Empleo del Diario de Sevilla del 21 de julio del 2002.

Lo que me interesa destacar es que los andaluces no tenemos un maleficio, ni una indolencia genética que nos impida hacer lo que otros han hecho y hacen y que en importantes épocas de la historia hemos estado en la cima de la civilización y la cultura.

Si la sociedad civil juega un papel importante también lo juegan los poderes públicos. Las distintas Administraciones Públicas titulan competencias de gran trascendencia para el desarrollo económico. El régimen fiscal, las políticas de empleo, los porcentajes entre inversiones públicas y gastos generales de las Administraciones Públicas, el mayor o menor intervencionismo sobre las actividades privadas, la lucha contra la inflación y el déficit público, la eficacia diaria de la Administración.

Por lo que hace a la Administración andaluza con inclusión de los Ayuntamientos, la veo en exceso intervencionista no solo por la cantidad de autorizaciones que hay que lograr para poner en marcha una empresa (licencias de urbanismo, de apertura, de medio ambiente, de primera utilización, de costas en su caso, más las sectoriales) sino por la falta de coordinación y por el tiempo que tardan en obtenerse. A muchas autorizaciones corresponden muchas inspecciones. Todo ello no facilita una sociedad emprendedora.

Tengo aquí un dato, que tomo de José Juan Galán Delgado que tan bien conoce a Andalucía, según el cual en nuestra Comunidad existen más de 1.700.000 hectáreas de espacios con alguna limitación medioambiental, aproximadamente un 20% del territorio, mientras que en el resto de España la cifra correspondiente es de 1.600.000 hectáreas, cuyo porcentaje no llega al 4%. En la Unión Europea el territorio sujeto a limitaciones similares es del 2%. Son cifras que deben ser meditadas porque un exceso de protección puede ser un freno para el desarrollo y para las infraestructuras.

Tengo el convencimiento de que una Administración menos intervencionista y más eficaz facilitaría una sociedad civil más emprendedora.

Mi mensaje final es que los andaluces y las andaluzas no son más indolentes que lo pueda ser el resto de los españoles, que en Andalucía hay falta de trabajo, en mayor proporción que en el resto de España y que la falta de trabajo crea malos hábitos.